

Andreu Navarra

LA ESCRITURA Y EL PODER

Vida y ambiciones de Eugenio d'Ors



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Citas

Agradecimientos

Prólogo. D'Ors, hoy y ayer

1. D'Ors antes de Xènius. Los años de estudiante (1881-1906)

2. Un gigante con los pies de barro (1906-1911)

3. Auge y plenitud de Xènius (1906-1914)

4. El imperio de las bibliotecas (1915-1919)

5. Mitos y novelas

6. Los años de la Gran Guerra

7. La primera ruptura (1914)

8. La defenestración (1919-1920)

9. Encuentro con el Ángel (1922-1927)

10. D'Ors y el fascismo ((1931-1936))

11. Senderos de gloria (1936-1942)

12. D'Ors, crítico de arte

13. El filosofar voluptuoso

14. La segunda defenestración (1942)

15. «Pesadas piernas»: la última plenitud

Apéndices

Obras de Eugenio d'Ors

Bibliografía

Láminas

Notas

Créditos

Sinopsis

Eugenio d'Ors, Xènius (1881-1954), renovó con su célebre Glosario el periodismo cultural español de la primera mitad del siglo pasado. Pero lo que no hay que olvidar de él es ante todo que fue el factótum cultural de la Mancomunitat de Catalunya con Prat de la Riba y que el sucesor de éste, Puig i Cadafalch, lo expulsó sin contemplaciones por motivos ideológicos. Instalado en Madrid, cosechó cargos y reconocimiento durante la dictadura de Primo de Rivera, y más adelante no dudó en adscribirse a los postulados del franquismo, para acabar convertido en uno de los intelectuales más influyentes de la primera mitad del siglo XX y en un poderoso gestor cultural. Eugenio d'Ors fue autor de novelas de corte vanguardista y un crítico de arte muy atento a las corrientes más renovadoras.

ANDREU NAVARRA
LA ESCRITURA Y EL
PODER

Vida y ambiciones de Eugenio d'Ors

Las leyes son normas, pero también son armas.

Eugenio d'Ors,
Almanach dels Noucentistes, 1911

Quisiéramos *hablar* como Demóstenes, *escribir* como Bocaccio; *pintar* como Piero della Francesca; *saber* lo que Leibniz; *tener*, como Napoleón, un vasto imperio o, como Tournefort, un jardín botánico... Quisiéramos SER Goethe.

Eugenio d'Ors,
Tríptico de Goethe, 1951

AGRADECIMIENTOS

He de agradecer a Jordi Amat, Maximiliano Fuentes Code-ra, Josep Lluís Martín Berbois, Xavier Pla, Joan Pallarès-Personat, Ramon Alcoberro y Joan Safont su generosidad de siempre. A Josep Maria Ventosa, que me inoculara el virus orsiano, porque desde que me lo inyectó no he podido dejar el tema, y su capacidad para transmitir entusiasmo. Las locuras sólo pueden llevarse a cabo con espíritu quijotesco. A Irene Jové, que me ayudó con la correspondencia en lengua alemana. A mi padre, que filosofa mucho, y porque nos hacemos de Eckermann de sobremesa últimamente. Y a todos a quienes me han soportado durante esta empresa gigantesca. Especialmente mi hijo, pero es quien más orgullo siente cuando ve mis libros en los estantes y librerías. Porque todo lo que escribo es básicamente para él. La parte más dura ha recaído, cómo no, en el excelente personal del Archivo Nacional de Sant Cugat, Archivo General de la Diputación de Barcelona y la Biblioteca de Catalunya. Aunque parece que ya se van acostumbrando... Para todos, una vez más, muchas gracias. Gracias por existir.

Prólogo D'Ors, hoy y ayer

Habrà quien busque en este libro una nueva descripción sincrónica del pensamiento de Eugenio d'Ors. Se le habrá de desilusionar desde el mismo principio. No busque el lector aquí otra revisión de la filosofía orsiana en relación con los proyectos culturales y políticos *noucentistes*. Éste no es otro libro sobre ese tema, aunque lógicamente ocupe algunos folios, como no puede ser de otro modo. Buenas y brillantes descripciones teóricas sobre la Ciudad, la Civilidad y el Imperio pueden encontrarse en las obras de Trías (1984), Aranguren (1945), Rius (1992), Torregrossa (2003), en los artículos filosóficos de Jaime Nubiola o la revisión colectiva que coordinó Josep-Maria Terricabras en el año 2010. Cualquier manual de literatura catalana contemporánea aborda esas cuestiones con sobrada amplitud.

No: este libro es un relato, la narración de la vida de una persona que pensaba y escribía. No un engranaje teórico. El único objetivo, recomponer las caras de un variadísimo poliedro, presentar una síntesis tan completa como manejable de uno de los escritores catalanes y españoles más importantes del siglo XX.

Jardí ventila en un solo capítulo veinte años de producción final orsiana; Cacho Viu corta su interesante estudio en 1930; Torregrossa, en 1921; Fuentes Codera aplica el microscopio sobre los cuatro años de la Primera Guerra Mundial, aunque es probable que vaya ampliando poco a poco el radio de su espectro; Ucelay explora las bases del nacionalismo pratiano; Varela reconstruye con mano maestra muchos aspectos de los años madrileños de Eugenio d'Ors, pero vuelve a descuidar la etapa catalana. Parece que, como vaticinó el propio D'Ors a través de su biografía de Goya, en narraciones biográficas donde a veces se dedican cuatro o cinco capítulos a los quince años de niñez, «un lapso igual de ancianidad puede ser despachado en otro capítulo, único y corto» (1980b: 178). De la infancia de Xènius se sabe más bien poco, porque nuestro autor no fue muy locuaz sobre esa primera etapa de su existencia. Donde hay una auténtica explosión de atención es en su etapa catalana, su primera madurez intelectual, que podríamos situar entre 1906 y 1914, entre el momento en que desembarcó triunfalmente en *La Veu de Catalunya* y viajó por primera vez a París, y la publicación de la primera gran síntesis de su pensamiento filosófico, *La filosofía del hombre que trabaja y que juega* (1914).

Fijémonos en cómo se ha tratado la figura de Xènius en los libros canónicos sobre su persona y su obra. En 1945 aparece *La filosofía de Eugenio d'Ors*, de José Luis L. Aranguren, una obra que aún se lee con gusto y provecho. Aranguren conocía bien a D'Ors, repasa con exhaustividad sus libros de posguerra, pero sólo menciona al D'Ors de la etapa catalana de forma esporádica, para señalar cuántas de las conclusiones del Xènius de la vejez proceden del primer *Glosari*. El *Eugenio d'Ors* de Jardí (1967) parece haber sido

escrito como contestación al libro de Aranguren, y pasa como de puntillas por el Xènius madrileño. Analiza el contenido del *Glosari* año a año, hasta que llega la crisis de 1919. Luego, como la segunda parte de *La Regenta*, el tiempo se acelera y parece que lo que se cuenta no es tan trascendental. Obviamente, la intención de Jardí fue devolver a D'Ors a su esfera primigenia y a su raigambre catalana. Quizá por esta razón la biografía de Jardí sea tan crítica, y tan condescendiente la exposición de Aranguren, terminada en su versión primera cuando a Xènius le quedaban nueve años de vida, y concebida como un homenaje. Jardí intentaba recuperar para Cataluña lo confesable para el catalanismo, a Aranguren no parecía importarle que su homenajeado fuera franquista, porque formaba parte de una juventud católica aperturista que había encontrado en D'Ors a un interlocutor procedente del mundo liberal de la preguerra. Este aspecto de D'Ors, considerado una bisagra entre el mundo liberal y el mundo franquista, no se ha estudiado lo suficiente.

Sin embargo, la biografía ideal de Eugenio d'Ors hubiera fundido ambos libros, el de Aranguren y el de Jardí. Porque el Xènius de 1906 era el mismo de 1950. Y aunque parezca una perogrullada, debemos insistir en ello, puesto que la ingente producción textual del autor dificulta enormemente esta labor de costura: la costura de estas dos mitades complementarias. Éste es uno de nuestros objetivos principales: la costura de los dos D'Ors, separados por el traslado de 1922.

Jordi Albertí, en 1994, escribía que «no se ha llegado a formular una valoración multidisciplinar y nítida del corpus intelectual de D'Ors» (1994: 49). El reciente libro de Javier Varela, *Eugenio d'Ors 1881-1954*, tenía que ser la biografía que alcanzara este logro. Sin embargo, la parte literaria de la biografía de Varela es muy deficiente, aunque el trata-

miento de los materiales de hemeroteca sea excelente. Presentada como una biografía intelectual con deseos de totalidad, cae en el extremo contrario del libro inaugural de Jardí. Varela realiza algo fundamental: corrige un déficit endémico, el desconocimiento del D'Ors posterior a 1923, pero descuida de manera notoria el periodo catalán.

Aspectos que me parecieron esenciales para una interpretación del personaje no los reconocí como suficientemente estudiados. El D'Ors de los años cuarenta y cincuenta había (al fin) aprendido que no podía depender de ningún poder político o estatal: se decidió a crear una plataforma civil de divulgación cultural, auspiciada y financiada por él mismo, un rayo de luz en un contexto negro y rancio. Si añadimos este proyecto luminoso del último D'Ors a su simpatía por el ala liberal del régimen, dibujamos un D'Ors no tan ideológicamente repugnante.

D'Ors fue fascista y franquista, pero tuvo un papel fundamental en la dignificación de la cultura española de la posguerra, durante la cual actuó de enlace entre la Edad de Plata y la de Hierro o Plomo. Este papel, además, le fue reconocido en vida por los más jóvenes. Pero para defender esto, hay que acudir a las cartas. No hay otro modo de acceder a la intimidad de un personaje tan teatral y poliédrico. Lo veremos.

Estas cartas se conservan, en su abrumadora mayoría, en su archivo personal, depositado en Sant Cugat y al alcance de todos. Archivo que no sólo contiene más de treinta años de cartas a los más variados personajes, sino que incluye también documentación del Instituto de España, mecanoscritos, borradores, invitaciones, tarjetas, postales, felicitaciones, invitaciones, contratos, facturas y todo género de papeles personales.

En algunas obras sobre D'Ors se afirman cosas insólitas, como, por ejemplo, que su obra más editada fue *Tres horas*

en el Museo del Prado, cuando en realidad fue la novela *La Ben Plantada*. Da la sensación de que la trayectoria política eclipsa a veces el valor del creador, el valor del escritor. *La Ben Plantada* fue considerada por muchos poco menos que un evangelio, y que hizo enloquecer quijotescaamente a Lidia Noguera, hasta el punto de que se creyó que era Teresa. Nadie había insistido en las relaciones literarias que se pueden trazar entre la novela racionalista castellana (la de Unamuno, la de Azorín) con las producciones narrativas de Eugenio d'Ors, escritas en diálogo con las obras de Martínez Ruiz y no muy lejanas, en sus técnicas, de las *novelas unamunianas*. A su vez, tampoco se ha descrito cómo esas producciones narrativas pudieron influir sobre los escritores de la esfera vanguardista. Era mucho más cómodo ignorar la crítica académica catalana y evitar enfrentarse al tema del D'Ors como puro inventor de fábulas y alegorías.

Con el teatro ocurrió lo mismo. ¿Qué sucede con el D'Ors dramaturgo? ¿Por qué a veces se zanja la cuestión indicando que no le interesaba el teatro? No debía de gustarle, como a Unamuno, cierta clase de teatro; pero también dejó dicho que ver representado el *Fausto* íntegramente había cambiado su vida. ¿Cómo no va a estar interesado en el teatro alguien que se pasa veinte años obsesionado con el Misterio de Elche, desde 1935 hasta su muerte? Tampoco parece verosímil tal afirmación dada la cantidad de excelente crítica teatral publicada por D'Ors durante los años veinte, parcialmente recuperada en el volumen *Teatro, títeres y toros* (2006), en la que no sólo comenta un buen puñado de obras sino que traza un canon vanguardista de gran modernidad. En todo caso, resolver el tema de D'Ors y el teatro en unas pocas líneas, o ni siquiera mencionarlo, no parece muy riguroso.

D'Ors sí culminó narraciones innovadoras, sí fue capaz de construir un corpus disperso pero autosuficiente. Creó

géneros literarios, hibridó de forma muy moderna los géneros, como era habitual en su época, y como crítico de arte no tiene igual en su tiempo. Otro aspecto increíblemente desatendido: el D'Ors tratadista de arte, el creador de una colección específica de crítica pictórica, reconocido como uno de los mejores especialistas de la Europa de su tiempo. Le dedicaremos otro capítulo entero.

Estaremos especialmente satisfechos si el examen de las ideas políticas orsianas en su relación con la oficialidad del equipo cultural de Prat de la Riba contribuye a que en España se conozca un poco mejor el nacionalismo catalán anterior a 1923. Se lee con mucha frecuencia que el entorno de la Lliga Regionalista era radical o separatista. Como cualquier conocedor del nacionalismo catalán sabe, el separatismo se forjó en el seno de la Unió Catalanista, y tuvo bien pronto carácter de doctrina separatista, explícitamente independentista. La tesis separatista surgió en círculos republicanos hacia 1914. Nunca, jamás, ni D'Ors ni ningún dirigente de la Lliga Regionalista planteó una solución separatista en medio público alguno. El nacionalismo catalán radical es el que culminó en Estat Català, el que fue formándose por debajo y a los lados del regionalismo liguero para desarrollarse durante la oposición a Primo de Rivera. Ni siquiera Acció Catalana representa «la generación nacionalista más radical», tal y como afirma Varela (2017: 349): la más radical es la de Estat Català, la forjada durante la dictadura de Primo de Rivera, la de un Dencàs, la de los hermanos Badia. Prat pensó siempre en una monarquía compuesta y bicéfala, como la del Imperio austrohúngaro, y la huella de Nietzsche en autores como D'Ors, Maragall y Cambó es tan evidente que no se puede reducir todo a la influencia de Maurras.

Además, da la casualidad de que en la actualidad existen ciertas dudas de que Eugenio d'Ors comulgara sincera-

mente con el nacionalismo catalán pratiano. Y si esto no fuera suficiente, tenemos las cartas que Xènius envió a Unamuno, en las que le expresa a su admirado rival que todo el montaje institucional barcelonés le parecía una farsa deprimente. También ha de combatirse la idea de que D'Ors fue el líder indiscutible y en solitario del movimiento *noucentista*. Los seguidores de Xènius eran muchos menos de lo que se pensaba tradicionalmente, lo cual explica su repentina desaparición de 1919. No todos los pratianos eran órsidas, por decirlo de algún modo.

Precisamente durante esos años barceloneses de trabajo para *La Veu de Catalunya*, Xènius viaja a Madrid para doctorarse. Pero resulta que pasa a residir casi dos años en la capital del Estado. Se ha descrito ese episodio como una «visita a la Corte», pero esa «visita» se alargó dos años. No menciona, pues, amistades castellanas duraderas. ¿Y por qué no las menciona? Porque resquebrajan la imagen de un D'Ors férreamente xenófobo y apegado al «separatismo» catalán. Un D'Ors antimadrileño que no existió nunca. El racismo orsiano debe vincularse a sus prejuicios de clase, al aristocratismo barcelonés opuesto a la anarquía de los «metecos» foráneos llegados desde el sur peninsular. D'Ors era racista en un sentido distinto del que inventa Varela. La residencia orsiana en el Madrid del año 1904 resulta fundamental para la configuración ideológica del joven D'Ors. No es un tema lateral y, por supuesto, desmiente la hipótesis de un D'Ors separatista. Trayectorias como las de Josep Pijoan o Pere Bosch Gimpera deberían acostumbrarnos a entender el trabajo doble que desempeñaron algunos intelectuales catalanes destacados, tan amigos de colaborar tanto para Madrid como para la Mancomunitat. Desde luego, si nos empeñamos en ver el equipo pratiano como una hueste de extremistas racistas y exclusivistas, avanzaremos poco. El Glosador escribió largo y tendido sobre lo que le

parecía la capital de España. Lo examinaremos.

Además, los primeros *glosaris* están llenos de nombres y dedicatorias del mundo literario castellano. Un *detalle* sobre el que tampoco se había insistido lo suficiente. Lo cierto es que D'Ors llevaba escribiendo sobre Unamuno exactamente desde el 2 de diciembre de 1907.

También sorprende la insistencia en resaltar la antipatía contra Ortega, que casi nadie matiza. Sin embargo, la relación entre Ortega y D'Ors es mucho más compleja que una mera rivalidad enconada y alimentada por la competencia. Seguramente D'Ors despreciara a su oponente filosófico, tanto como el madrileño acabó indignándose contra D'Ors. Pero no es de recibo *olvidar* el *detalle* de que el Pantarca publicara un libro con la editorial de Revista de Occidente, así como que publicara en la revista misma. Pero algún tipo de contacto positivo tuvo que haber entre ambos, para que D'Ors publicara en la casa. Sin dejar de lado la defensa que Ortega orquestó en 1914, en el momento crucial en el que D'Ors acababa de perder unas oposiciones a cátedra en Madrid. Esa invitación orteguiana a hablar ante la intelectualidad de la capital, junto con las intenciones de trasladar el *Glosario* a la revista *España* por parte de Xènius, no parecen hechos que se circunscriban a una mera relación de suspicacia y antipatía. También hubo colaboraciones puntuales. La rivalidad entre D'Ors y Ortega es evidente. Veremos hasta qué punto D'Ors llegó a burlarse de su oponente filosófico. Pero existen varios puntos en común que impiden una lectura tan simplista del episodio.

El imperio pensado por D'Ors era de cuño europeo. Las ideas antinacionales del D'Ors de siempre pretendían reconstruir Europa como un nuevo imperio en el que Cataluña y España formaran parte de una misma confederación. Prat pensaba en un Imperio ibérico con doble capitalidad: tanto él como Xènius como Puig eran *autonomistas*, no se-